

IV 70114V 08GVN15VDO8V B8015108V8\*

Viejas postales descoloridas

EL PROCESO DREYFUS

UNA PITA HISTORICA

LA PRIMERA y la única que me han dado en mi ya larga vida de autor dramático; pero ¡qué pita! señores. Una pita fenomenal que alborotó todos los alrededores del teatro; hizo venir la reserva del cuerpo de orden público; y me puso en el trance de ser acompañado a mi casa por un capitán y una pareja del mismo, una vez terminada la función, en defensa de mi propia vida, amenazada por las silbadoras turbas... que componían seis oficiales y un cabo de la marina de guerra francesa, armados de sendos y descomunales pitos de a bordo.

Pero, no adelantemos los sucesos, que de uno de policía, y de los más sonados que ocurrieron por aquella época, a mediados del año 1898, poco más o menos, se trata.

Entre mis amistades del teatro siempre consideré en primera línea la que mantuve durante muchos años con la eminente primera actriz cubana Luisa Martínez Casado y sus familiares, su padre D. Luis, su hermano, el galán joven y luego primer actor, Manolo Casado; su esposo el aplaudido actor español Sr. Puga, y sus hermanas y sobrinas Guadalupe, Celia y Socorrito.

Siempre que Luisa, de vuelta de sus excursiones por el interior de la isla y por las repúblicas del sur y centro América, funcionaba en algún teatro de la Habana, iba yo a verla una que otra noche para hablar con ella larga y extensamente de arte; y sobre todo, de un teatro criollo especial que yo me había imaginado, oyéndola recitar los sonoros parlamentos del teatro español de verso, con aquella su voz lenta y cantarina de cubana indolente y lánguida.

Aun la Bárcena, también actriz cubana que tiene algo de eso, no se había destacado; así que cuando pude apreciarla algunos años después, el recuerdo de la pobre Luisa, que ya había muerto, me vino en seguida a la imaginación; y hube de decirme al cotejar la semejanza entre una y otra:

—Este; este es el teatro criollo que yo vislumbraba—, cuando oía hablar en escena a la Casado

Luisa Martínez había nacido para un teatro que no se le escribió nunca; y que de haber venido ella en otra época al mundo del arte, les hubiera dado, a la artista y a los autores que lo cultivaran, honra y provecho.

Quando oigo quejarse a nuestros autores, es decir, a los que tal vez podrían ser nuestros autores, de que no hay teatro cubano por que no hay artistas cubanos, pienso en Luisa como la única que hubiera podido resolver el caso y llenar las aspiraciones de todos; y lamento que sus hermosas aptitudes y su indiscutible talento se hayan desarrollado, puede decirse, fuera de ambiente y de tiempo, obligada a hacer un teatro recio y áspero que no se compadecía con sus especiales condiciones, donde, lo primero que resplandecía era una delicadeza y una ternura exquisitas propias de su temperamento.

—A ver cuándo usted se decide a escribirme algo—me decía.

Y yo le contestaba:

—Yo, Luisa, verdaderamente no soy tal autor dramático, sino un cronista que adapta y dialoga la actualidad para la escena; y eso es todo.

—Actualidad, o lo que sea, usted debía escribirme algo.

Rendía entonces su compañía una

temporada penosa en el Gran Teatro de Tacón a causa de los sucesos de la guerra separatista y de la que amenazaba estallar de un momento a otro entre España y los Estados Unidos; y no había esfuerzo alguno ni obra que trajesen al público al teatro.

Entonces, para alentar a Luisa, la engañé. Debatíase en París y apasionaba al mundo entero el asunto del proceso Dreyfus, por el que había tomado partido el gran novelista Emilio Zola, lanzando a la faz de la República Francesa su cívico y famoso «Yo acuso»; y así, sin pensarlo, le dije a Puga y al señor Domínguez, que era entonces administrador del teatro:

—Yo tengo escrito un drama de actualidad titulado «El Proceso Dreyfus»; Si les conviene.

Fué un caso y una situación de comedia. Domínguez me sacudió por las solapas del chaqué; que era lo que entonces se usaba por lo general en vez de saco; yo lo llevaba siempre invariablemente de fina alpaca negra. Puga me agarró por el pescuezo, como para que no me escapase; y ambos a una gritaron:

—¡El Proceso Dreyfus! ¡Nos salvamos; venga la obra!

Hay que ver... lo que se ve, cuando una empresa se va a pique y se le presenta una obra, una artista de cartel o cualquier cosa que

En su día...

...de los que tal vez podrían ser nuestros autores... de que no hay teatro cubano por que no hay artistas cubanos... de que no se compadecía con sus especiales condiciones... de que no se usaba por lo general en vez de saco... de que no me escapase... de que se le presenta una obra, una artista de cartel o cualquier cosa que



le haga suponer el teatro lleno hasta los topes, noches y más noches; y cumplidos y satisfechos gastos, atrasos y compromisos. Y como yo también vi todo eso, hice allí mismo el propósito de ponerme a escribir la obra inmediatamente, y contribuir a la realización de tan hermosos ensueños, antes de decirles la verdad y hacerlos caer estrepitosamente desde lo alto de sus engañosas ilusiones.

—Lo malo es —dije, buscando aun una tabla de salvación— que la obra es de gran espectáculo; y que hay que montarla «con todo».

—¡Con todo y más!—gritó Puga.

Era un martes por la noche, y yo protesté que los borradores estaban en malas condiciones; y que tenía que poner en limpio la obra, que constaba de cinco actos para leerla el domingo por la noche, después de terminada la función de ese día.

—La leemos—gritó otra vez Puga.

En el acto imaginé una serie de episodios dentro del suceso que se debatía; figurarían en la obra Zola, el coronel Henry y el propio Dreyfus el día de la deshonoración, gritando en el patio de la Escuela Militar donde tuvo lugar la horrible ceremonia: —¡Soy inocente! ¡Soy inocente!; y en fin «todos los detalles que tan interesante argumento requería» y...

—¡Cuento con la Banda de Música de Ingenieros!—volvió a gritar Puga, como si adivinase mi pensamiento.

La anunciaron en vistosos cartelones y en los principales periódicos; todos decían ya por todas partes que la habían leído, cuando aun ni se había escrito siquiera; y que era interesantísima. Cada uno hablaba ya de su papel respectivo; y hasta la reventa le propuso a la administración comprarle entera la noche del estreno.

Los mármoles de las mesitas del café del teatro—Café Brunet, ¿os acordáis?—empezaron a llenarse de cuentas galanas, como sucede en estos casos.

Entre tanto, yo, encerrado en mi casa, escribía un acto todos los días, teniendo cuidado de buscarle a cada uno un final de efecto; y tal como lo prometí, el domingo por la noche me presentaba en el escenario con mi drama listo; y con un terrible dolor de cerebro que me hacía ver las estrellas. Entre nosotros, la cosa me salió bastante aceptable; y había para que se luciera todo el mundo.

Luisa, su hermano Manolo; Puga, que hacía el Zola; Guadalupe, todos; y el padre de la que fué después tiple cómica popularísima de nuestro teatro criollo de costumbre, Blanquita Becerra, que hacía el asistente de Dreyfus. Cuando el apuntador Méndez terminó la lectura, que comenzó como ya dije, una vez acabada la función de la noche, todos prorrumpieron en un fuerte aplauso; y Puga se puso a gritar en el vestíbulo del teatro—eran las 3 de la mañana—que se iba a ver una obra con todas las de la ley; y que hasta el propio Dreyfus iba a pedir que la representásemos en Francia.

No se representó; pero se habló bastante de ella en la prensa de París, Madrid y otras capitales de Europa, con motivo de lo que verá el curioso lector si me continúa leyendo.

A la sazón había arribado a nuestro puerto el crucero de guerra francés «Spax»; y dicho se está que gran parte de la oficialidad se dispuso a asistir al estreno de la obra con las intenciones que debe suponerse el lector, habida cuenta de que, lo propio que su gobierno, tenía que ser por fuerza anti-dreyfusista la oficialidad del crucero.

Se agotaron las entradas. El entusiasmo y la curiosidad habían llegado al grado máximo, contando como contaba aquí en la Habana el deshonorado oficial francés con numerosos simpatizadores. La obra empezó a desarrollarse con el mayor orden e interés; pero a la salida a escena de Dreyfus, que lo desempeñaba Manolito, el hermano de Luisa, los citados oficiales del «Spax» sacaron sus pitos de a bordo; y todos los huracanes, silbando todos ellos juntos las jarcias del barco, no podrían imitar ni la mitad del horrible estruendo que aquellos endemoniados pitos armaron en la sala del teatro.

Pero los oficiales fueron desalojados por la policía; y el público, en desagravio, me tributó un ruidoso homenaje a la terminación de cada acto. Y como medida preventiva, porque los oficiales franceses querían lincharme, después me acompañó a mi casa un capitán de orden público y una pareja, yendo también conmigo mi amigo y compañero de toda la gente de teatro, Manolo Saladrigas, que tomó asiento en el pescante al lado del cochero.

Al día siguiente, el general Arolas, gobernador militar de la plaza, suspendió la representación de «El Proceso Dreyfus», alegando que no estaba bien ni era político herir la susceptibilidad del gobierno de Francia, amigo del de España, al que había además prometido ayudarlo en la guerra, si los Estados Unidos se la declaraban. Ilusiones del general: Llegó la guerra; y España se quedó sola.

... los de la noche, todos prorrumpieron en un fuerte aplauso; y Puga se puso a gritar en el vestíbulo del teatro—eran las 3 de la mañana—que se iba a ver una obra con todas las de la ley; y que hasta el propio Dreyfus iba a pedir que la representásemos en Francia.

No se representó; pero se habló bastante de ella en la prensa de París, Madrid y otras capitales de Europa, con motivo de lo que verá el curioso lector si me continúa leyendo.

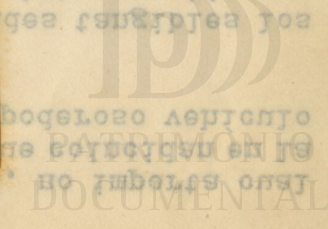
A la sazón había arribado a nuestro puerto el crucero de guerra francés «Spax»; y dicho se está que gran parte de la oficialidad se dispuso a asistir al estreno de la obra con las intenciones que debe suponerse el lector, habida cuenta de que, lo propio que su gobierno, tenía que ser por fuerza anti-dreyfusista la oficialidad del crucero.

Se agotaron las entradas. El entusiasmo y la curiosidad habían llegado al grado máximo, contando como contaba aquí en la Habana el deshonorado oficial francés con numerosos simpatizadores.

La obra empezó a desarrollarse con el mayor orden e interés; pero a la salida a escena de Dreyfus, que lo desempeñaba Manolito, el hermano de Luisa, los citados oficiales del «Spax» sacaron sus pitos de a bordo; y todos los huracanes, silbando todos ellos juntos las jarcias del barco, no podrían imitar ni la mitad del horrible estruendo que aquellos endemoniados pitos armaron en la sala del teatro.

Pero los oficiales fueron desalojados por la policía; y el público, en desagravio, me tributó un ruidoso homenaje a la terminación de cada acto. Y como medida preventiva, porque los oficiales franceses querían lincharme, después me acompañó a mi casa un capitán de orden público y una pareja, yendo también conmigo mi amigo y compañero de toda la gente de teatro, Manolo Saladrigas, que tomó asiento en el pescante al lado del cochero.

Al día siguiente, el general Arolas, gobernador militar de la plaza, suspendió la representación de «El Proceso Dreyfus», alegando que no estaba bien ni era político herir la susceptibilidad del gobierno de Francia, amigo del de España, al que había además prometido ayudarlo en la guerra, si los Estados Unidos se la declaraban. Ilusiones del general: Llegó la guerra; y España se quedó sola.





El insólito suceso fué trasmitido a la prensa mundial por sus corresponsales, con este titular «El Proceso Dreyfus en la Habana».

Entonces sí que hubo que oír gritar a Puga. Mas, sin embargo, su compañía, y la de Pildain pusieron después la obra y le sacaron mucho dinero en Venezuela, Santo Domingo, Perú, Costa Rica Colombia, etc., y yo cobré de ella muy buenos derechos que honrada y puntualmente me giraban los administradores de ambas compañías.

Un artista de la compañía de Luisa Martínez me contaba después que la obra se había puesto en Caracas con el mayor lujo de detalles posible, haciendo el desfile militar con que terminaba el primer y el último acto de la obra, soldados del propio ejército venezolano, con sus bandas de música, oficiales y jefes a la cabeza.

Luisa y Pildain me enviaban telegramas de todas las ciudades en que se representaba la obra, dándome cuenta de su brillante éxito; lo que, estando yo en los comienzos de mi carrera de autor dramático, me llenaba de regocijo y esperanza como se comprenderá fácilmente, amén de llenarme los bolsillos de muy buenos pesos. Cobré más de 500 de derechos.

¡Y las ironías del Destino! Aquel mismo crucero «Spax» de la pita, fué el escogido después por el Ministerio de Marina de Francia, una vez acordada la revisión del proceso de Dreyfus, par ir a buscar a éste a la isla del Diablo y trasladarlo al puerto de Brest...

¡Cómo se acordarían los oficiales del «Spax», viendo pasearse sobre cubierta a Dreyfus, de aquel oscuro autor de los trópicos al que le habían prodigado una pita fenomenal, por el solo delito de quemar una palma en loor del injustamente vilipendiado militar, al que iban ahora a devolver grados y honores, entre músicas y vitores!

Dreyfus murió recientemente en París a la edad de 77 años.

En buena lógica, aquellos oficiales se habían propinado ellos a sí mismos aquella pita fenomenal con que me obsequiaron la noche del estreno.

Federico VILLOCH

*Federico Villoch*

